

# EL CORSARIO

Por  
Pierre CHILI



COMO RIO turbulento que, nacido en abrupta cordillera, va por declive natural e irresistible a juntar sus aguas a las del mar, así, Miguel Gallardo, nacido en un pueblo del interior, arrastrado por un incontenible instinto, llegó hasta la costa, emporio entonces de aventuras y proezas.

Corpulento, de recios músculos, su ascendencia de obscuro soldado español que a viva fuerza conquistárase el amor de una Fresia, habíales dado arrogancia castellana y su ascendencia araucana, altiveces indomables. Era el engendro de dos razas: puma cordillerano con garras de león de Iberia.

En aquella época, a fines de 1817, el país batíase contra la dominación española, quebrantada en Chacabuco, pero que aún imperaba libremente en el mar. A fin de hostilizar y destruir a las naves de España, nuestro gobierno, sin fuerzas navales propias, había autorizado armar buques corsarios a algunos particulares. En uno de estos buques, Miguel Gallardo sentó plaza de marinero.

El modesto mocetón de nuestros campos que meses atrás no conociera ni de nombre al mar, asió entre sus robustas manos los pesados remos que al hendir las olas arqueábanse como débiles varillas bajo el impulso vigoroso de sus brazos. Desde Panamá a Chiloé, hacha de abordaje en alto, abordó bergantines, goletas y fragatas españolas, rodó cien veces, partió cráneos y adquirió fama de valiente. De regreso de sus afortunadas correrías, dueño de un regular caudal de doblones de oro, no era ya un descono-

cido huaso, sino el popular Miguel Gallardo, el primer marinero corsario de Chile.

El bajo pueblo de Valparaíso lo recibió como a un héroe.

Cuando Gallardo llegaba a algún lupanar del Arrayán, callaban los vihuelas y abríasele paso con respeto. Las mujeres, llevadas de entusiasta admiración, aclamaban a aquel arrogante aventurero que tenía sonrisas de simpatía para ellas y gesto que helaba la sangre a los hombres más audaces. Restablecida la fiesta, corría el oro de Gallardo, corría el ponche y el aguardiente, trinaban las vihuelas, redoblaban arrebatadores los palmo-teos, y Gallardo, pañuelo en mano, con garboso donaire, iba de uno a otro lado danzando con una alegre compañera que se le esquivaba con requiebros amorosos, que se le acercaba con risueño temor y que, al final, caía dichosamente rendida entre los fornidos brazos del bizarro corsario que la levantaba triunfante en alto. Atronaban los vivas a Gallardo y a la patria, y entrechocábanse hasta romperse los vasos.

Su popularidad hízole criar alas y, cual Icaro, quiso remontarse hasta el sol.

En la calle de San Juan de Dios, todas las tardes se asomaban a una ventana unos bellos ojos azules que trastornaron por completo al corsario. Aquellos ojos eran los de Isabel Carson, hija de un respetable vecino perteneciente a la alta aristocracia porteña de aquellos años.

Pero Isabel, al notar las frecuentes e interesadas rondas del corsario por frente a su casa, cerróle con manifiesta aver-

sión y desprecio su ventana: era un roto, un salteador del mar; y ella, en cambio, una honesta y aristocrática niña.

Acostumbrado a dominar, Gallardo experimentó los punzantes sinsabores de un desdenado que se piensa un invencible. Y el sanguinario león del mar, ante quien temblaron los más osados piratas, tornóse sombrío y falto de ánimo; buscó las soledades y comenzó a sentir un sabor salobre en la garganta y unos deseos cobardes de llorar. El amor, el invencible amor, armado de hachas de oro y fuego, habíalo abordado y robado piratadamente su antigua confianza en sus triunfos y gloriosas alegrías de antes.

Intentó acercarse a Isabel; pero siempre fue despedido con altanero desdén. Rogó y se rebeló cien veces como ola de mar que encolerizada se estrella y que humilde y acariciante se recoge para estrellarse con renovadas iras contra la inmovible playa. Todo fue en vano. Y comprendió entonces que, a pesar de su afamado renombre, existían para él insalvables diferencias sociales, que el afortunado captor de buques y aclamado visitante de los tugurios del Arrayán, jamás conseguiría una mirada risueña de aquellos orgullosos ojos azules que tenían suaves transparencias de mar que cubre bancos de perlas.

Y la amaba buenamente, con cariño infantil casi: que el amor es acomodaticio y noble señor que indiferentemente busca hospedaje en guaridas de piratas o en puritanos santuarios.

Tras mortales desalientos, renacíanle esperanzas. Solicitaría del gobierno el mando de una fragata, y, en leal combate, no como un pirata, capturaría buques enemigos. Triunfaría y sería el primer capitán de mar de Chile. Entre salvas de cañones y músicas militares regresaría victorioso a Valparaíso, y el mismo Director Supremo vendría de Santiago a darle los parabienes del caso. Y la adorable niña, conquistada por tan esplendorosa gloria, lo amaría al fin.

Frágiles alas tenían sus sueños.

Por aquel tiempo llegó a Valparaíso el almirante Cochrane con un séquito de brillantes oficiales de marina ingleses. Uno de ellos, el teniente Jorge Richardson, muy pronto intimó con la familia de Isabel Carson.

Dolorosa y humillante fue la impresión de Gallardo al ver a Isabel aceptar con manifiesto agrado las enamoradas atenciones de aquel extranjero de ojos grises. Y lo zborreció con odio salvaje. ¿No era un ultraje el que un hombre nacido en un país extraño se adueñara de lo que era la luz de sus ojos y la mejor flor de sus playas?

Se dirigió al Arrayán enloquecido de celos. Se embriagó y en su borrachera quiso ir en busca del oficial inglés para matarlo. Pero algunos amigos lo detuvieron.

—Te pondrán en algún banquillo; te pegarán cuatro tiros, y ella se casaría después con otro de esos gringos que han llegado y que se han hecho dueños de todo.

En las incultas imaginaciones de nuestros marinos de entonces, la generosa y noble intervención de los marinos ingleses a favor de nuestra independencia, llenábalos de rencores al verse pospuestos por ellos.

La Escuadra Libertadora ultimaba en Valparaíso sus aprestos para hacerse a la mar, rumbo al Perú. El teniente Richardson habíase embarcado a bordo de la corbeta "Chacabuco", bajo las órdenes del comandante Carter. Antes de emprender viaje, se había comprometido con Isabel Carson, lo que motivó una suntuosa fiesta social. Esa noche, en la iluminada residencia de los Carson, vióse a numerosos oficiales ingleses con sus elegantes casacas azules, de blancas solapas, bordadas anclas de oro, calzón corto, medias de seda, zapatos con hebillas doradas y espadines de gala.

Gallardo fue a ahogar sus celos y sus penas al tugurio. Con sus ojos encendidos, silenciosos, en medio del desorden que provocaban con sus risas los hombres y las pintarrajeadas mujeres, se había aislado solitario en una mesa. Los mismos que antes lo aclamaran, ahora lo observaban con burlesco menosprecio.

—Ei tá el roto que se las daba de gallo. Cualquier gringo que llega de afuera se la juega. Marinos de agua dulce son los chilenos, compadre.

Súbitamente se hizo el silencio al oírse un resonante puñetazo que Gallardo dió sobre su mesa. Se irguió soberbio y amenazante. El puma cordillerano con

garras de león de Iberia, renacía altivo y arrogante como en sus mejores tiempos. El insolente que pronunciara aquellas atrevidas palabras rodó por el suelo al golpe de una formidable bofetada de corsario, quien avanzó amenazante hasta el centro de la sala:

—No soporto burlas. El que quiera ha cerlo que salga al frente para matarlo como a perro.

Todos enmudecieron.

—¿Nadie se atreve? Pues entonces a bailar y emborracharse todos. Yo pago la fiesta. Mañana me embarco en la escuadra que sale para el Perú y quiero que se me despida.

—Así nos gustáis Gallardo. Tal como antes. Mujeres hay por millones en el mundo.

Al día siguiente sentaba plaza de contramaestre a bordo de la "Chacabuco", en el mismo buque de Richardson.

El 14 de enero de 1819, el gobernador de Valparaíso, don Luis de la Cruz, en el pintoresco estilo de la época, oficiaba al gobierno: "Son las oraciones de este día y se embarca ya el vicealmirante de las fuerzas navales de Chile para hacerse a la vela con la escuadra al salir la luna". Romancesca salida. Pero muy pronto aquel romance se transformaría en horrible tragedia a bordo de uno de los buques que zarpaba con las luces románticas.

Gallardo, una vez a bordo, persiguiendo un premeditado plan de venganza, difundió el descontento entre los tripulantes. Era una humillación vergonzosa para la patria —les decía— el que marinos chilenos fueran mandados por oficiales extranjeros. Que era un miserable robo el que no se les pagaran tantos meses de sueldo que se les adeudaban, como también sus derechos que en plata les correspondía por la captura de la "María Isabel", en Talcahuano. Que inhumanamente se les mantenía sin ropas, casi desnudos. Que era necesario deshacerse de los oficiales ingleses y que chilenos tomaran el mando del buque. Dueños de la corbeta, se lanzarían a abordar buques enemigos con lo que se pagarían de sus sueldos y tendrían, además, a manos llenas el oro.

Consiguió convencerlos. Ignoraban sus infelices camaradas la verdad. No eran

los sueldos impagos, ni eran los andrajos que vestía lo que motivaba el descontento del corsario. Lo que él perseguía era consumir su premeditada venganza.

Por orden de Cochrane, la "Chacabuco" se había alejado del resto de la escuadra. En la tarde del 23 de enero, al hacerse la descubierta, los capitanes de alto dieron cuenta de que no se veía vela ni costa en el horizonte.

La corbeta, infladas sus velas por una suave brisa del sur, cortaba las aguas con cadencioso balance.

Como a las diez de la noche, Gallardo, como tigre en acecho, observó a los oficiales que se dirigían confiadamente a sus camarotes. Entre ellos vio a Richardson y una siniestra satisfacción se dibujó en su cara. Regresó a proa a reunirse con la tripulación.

—Están desprevenidos. Este es el momento, muchachos.

Los tripulantes, armados de cuchillos y bayonetas, abandonaron en silencioso tropel el entrepuente y se dirigieron hacia el departamento de los oficiales.

—Nadie dé un paso más, gritó alarmado el oficial de guardia. Guarnición, a las armas.

Gallardo contestó con otro grito.

—Mueran los extranjeros. Viva la patria.

La tripulación, en medio de una espantosa gritería, se abalanzó en busca de los oficiales, quienes indefensos y desprevenidos, fueron derribados y maniatados en un instante.

—¿Qué quieren, traidores? les dijo el comandante Cáster.

—Ser mandados por chilenos, le contestó Gallardo. Y dirigiéndose a la tripulación, les dijo con arrogancia:

—Desde este momento tomo el puesto de comandante. Vivar a su comandante, chilenos, compañeros.

La tripulación lo vivió por largo rato, mientras Gallardo, con una actitud de triunfo, observaba a Richardson, maniatado y pálido.

—¡Arrastrad los amarrados a sus camarotes! Cada uno con su centinela de vista, ordenó el corsario.

Fue obedecido instantáneamente. Pero al conducir a Richardson, Gallardo detuvo al centinela.

—Tengo unos asuntos que arreglar con este gringo. Espérate. Y crispadas sus manos, se dirigió a su rival.

—Me tocó mi turno. Me la ganaste en tierra. Pero no es lo mismo enamorar mujeres en los salones que enténderselas con hombres en mar abierta. Me quitaste lo que yo más quería en la vida; pero yo ahora te quitaré lo que ella más quiere: tu vida. Pero no como un cobarde. Frente a frente.

Era valiente Richardson, e inmutable, con su enérgico acento inglés, le contestó:

—Traidor, a la hora que quieras.

—Será tan pronto como me desocupe de mis ocupaciones de comandante. Y ténganmelo a doble ración, que quiero que este gringo no pierda las fuerzas para cuando llegue el día de ajustar nuestras cuentas. Llénvengo a su camarote.

Subió a cubierta y respiró con deleite el aire fresco de la noche. Había triunfado. Era por fin, el amo, el dueño absoluto del buque. Tenía en sus manos la vida de su rival.

Pensó que sería prudente deshacerse cuanto antes de los oficiales, con excepción de Richardson. Los desembarcaría en cualquier punto de la costa, y, una vez libre de ellos, se entregaría con toda libertad a su venganza y se dirigiría en busca de presas españolas. Ordenó rumbo a Coquimbo.

Cuatro días duró aquella navegación. Durante aquel tiempo, la imaginación del corsario trasladábase a menudo a un sitio amado de Valparaíso: Veía a Isabel llena de espanto, suplicante, echársele a los pies pidiéndole la vida de Richardson. La rechazaba brutalmente. "¿No me despreciaste? ¿No era yo para ti un miserable roto? ¿No te burlaste de mi cariño? Aquí lo tienes. Lo mataré, así como tú y él mataron mi vida". Continuaban las súplicas de Isabel. Escuchaba sus sollozos desesperados. Y él gradualmente íbase impresionando con aquel dolor. No podía verla sufrir. Siempre la quería. Y lentamente iba sintiendo un vacío en el pecho, un punzante dolor, una oleada de amor y de angustia que llenaba aquel vacío punzante y, bajando su cabeza, termina-

ba por rendirse a su pedido de amor y a su negra mala suerte.

El día 27 de enero, la isla de Pájaros apareció en el horizonte. Gallardo dispuso el desembarco de una parte de los oficiales para continuar con el desembarco de los restantes una vez que regresara el único bote de la corbeta. Solamente Richardson permanecería prisionero.

Salió el bote en dirección a la costa, tripulado por algunos marineros de los más adictos al corsario, con lo que se debilitó el número de sus partidarios.

Mientras tanto, algunos oficiales que sigilosamente se habían puesto de acuerdo con algunos tripulantes fieles para recuperar el buque, de improviso subieron armados a cubierta.

Gallardo corrió hacia proa llamando a los marineros.

—Traición. Traición. Marineros, a las armas.

—Soldados, permaneced fieles, gritó un oficial.

En pocos instantes la corbeta se transformó en un campo de batalla, estableciéndose una espantosa lucha, digna de las descripciones novelescas de las piraterías africanas. Los partidarios de Gallardo, parapetados en el castillo de proa, disparaban sus armas contra los oficiales y marineros fieles que se encontraban en la toldilla. En medio de juramentos de odio, gritos de dolor y de furiosas imprecaciones que sobrepasaban el ruido atronador de los disparos, caían derribados muertos y heridos.

El corsario, al ver a Richardson entre los oficiales, avanzó temerariamente en dirección hacia él, cuchillo en mano. Pero al llegar al alcázar, una certera bala lo derribó en cubierta. Sus contrarios, al verle caer fuéronse encima; pero el indomable corsario, herido de muerte, se arrastró por cubierta y tuvo fuerzas para alcanzar hasta un cañón que de antemano tenía preparado, cargado con metralla. Encendió la mecha; se produjo un sordo estremecimiento en el buque y salió el disparo, dando muerte a algunos marineros y a un oficial, destrozando la arboladura del mesana.

Un resplandor de llamas iluminó su cara, contraída con los dolores de la muerte; y, revolcado en su propia sangre, murió. Y en el segundo antes de mo-

rir bajo su cañón, en sus pupilas debieron reflejarse unos amados y luminosos ojos azules con suaves transparencias de mar que cubre bancos de perlas y en su alma infiltrarse el último supremo desaliento; la derrota, la pérdida final y total de todos sus ensueños, y un negro remordimiento de tener que pasar como un vil traidor ante las generaciones de su tierra.

Muerto Gallardo y recuperada la corbeta, los demás cabecillas de esta ignominiosa traición fueron fusilados en la plaza pública de Coquimbo el 6 de febrero de 1819, siendo gobernador don Joaquín Vicuña.

Si fuera yo un artista, sobre la tumba de aquel osado corsario pondría una aus-

tera figura de Dios triunfante; a la Patria, con un amenazante puñal en alto, en actitud de castigar al infame traidor; y, junto a ella, la figura de una hermosa mujer de suaves ojos azules, implorando perdón, deteniendo con piadosas manos el puñal, y en su cara una angustiada expresión que dijera:

—Piedad, olvida.

Y el olvido y la piedad rodean hoy la memoria del primer marinero corsario de Chile.

De "Mar y Tierra Nuestra".

